

venecer. Y esto me restaura cuando me siento oprimido por la decrepitud del ámbito. ¡Encuentro tan pocos jóvenes!

Pero tengo que dejarles.

Animo y no cejen.

Les envía un apretado apretón de manos su camarada.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 2-XI-1923.

(Valoraciones, Buenos Aires).

Oración al trigo

Oh buen trigo! que en los campos luces ahora tu ropaje de oro pálido, y te meces ondulante y majestuoso al compás del tenue viento que al pasar contigo juega y acaricia tu dorada y llena espiga.

¡Oh buen trigo! tú que nutres el cerebro de los sabios, el estómago del hermano que trabaja sobre el lomo de la tierra, y confortas con tu cuerpo hecho ostia bendecida, el místico ideal de las conciencias.

¡Tú, buen trigo! tan humilde como eres, representas el más alto escalón de la Natura; te bendijo la mano tauturarga del Dios-hombre; y en las bodas de Canaan, operasteis el prodigio, que siendo uno llenasteis rebosantes muchos cestos y comieron muchas bocas, y sobraron muchos panes, y así, abristeis a la absorta mirada de esas gentes, el sendero predicado por el humilde Rabino Galileo.

¡Oh buen trigo! te venero cuando el campo yo frecuente y admiro rebosantes de granos tus espigas, me descubro la cabeza y respetuoso te saludo; ¡grano trinol! — forraje, pan y hostia — tú alimentas los tres planos progresivos, desde el ave que tu grano picotea, el manso buey que rumia las espigas de tu era, el hombre que se nutre con tu grano y alimenta su espíritu idealista con el emblema de Dios sobre la tierra.

¡Tú, buen trigo! tú presides y engalanas las tres mesas: la verdeante de los campos, la del pobre y la del rico, y la gloriosa y santa mesa eucarística!

Yo, en el fondo de mi alma, te bendigo, y mi labio agradecido canta hosanna y mi mano al tocarte purifico.

¡Oh santo!

¡Oh sublime!

¡Oh hermano trigo!

L. RUBIO

La Tebaida, mes de agosto.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Otras declaraciones de Mr. Hughes

LA conferencia dictada por Mr. Hughes en Minneapolis, y de la cual extractamos ayer algunos conceptos⁽¹⁾ relativos a la Doctrina Monroe, contiene otros muchos puntos de gran interés para los países de América, a los cuales se refieren.

En ella aparecen casi como un leit-motiv, y reveladoras de una preocupación dominante, las frases referentes a la estabilidad de instituciones y Gobiernos; a la conservación del orden público «necesario para el desarrollo de la civilización y para la seguridad de los intereses extranjeros»; a la organización de las finanzas nacionales, que permita el cumplimiento de los compromisos del Estado. Mr. Hughes (que no menciona ni indirectamente el caso de Panamá), aborda de modo resuelto la intervención en Santo Domingo y Haití, y le da una sola causa, que en su sentir basta para justificarla, las guerras civiles; en ambos países fueron las revoluciones las que abrieron el camino a los marinos americanos. Y aludiendo a la supervigilancia ejercida por los Estados Unidos en la América Central, dice: «Las condiciones anormales y las tendencias revolucionarias de algunas de las Repúblicas de la América Central han sido motivo de seria preocupación para los Estados Unidos, cuyos esfuerzos han tenido por objeto promover en esos países la tranquilidad y la estabilidad».

Muchas frases como ésta desliza a lo largo de su conferencia el Secretario de Estado, y para el buen entendedor, ellas son de una transparencia absoluta. Las repúblicas americanas, las ribereñas del Caribe especialmente, tiene en el orden y en la normalidad de su desarrollo la mejor defensa de su soberanía. Las revoluciones son el agua turbia propicia a todo golpe, el único medio en que puede prosperar la ambición del extremismo imperialista.

Muchas cosas han cambiado en el mundo en los últimos veinte años, pero para nosotros quizá ninguna tanto como la que a guerras civiles se refiere. En el siglo pasado aún gozábamos de cierto aislamiento que nos permitía una relativa facilidad para entregarnos a ese deporte, y aún era él posible dentro de las líneas tradicionales de nuestro vivir popular; el valor individual lograba maravillas, y el entusiasmo lo suplía todo. Hoy estamos dentro de un engranaje creado por leyes casi físicas superiores a nuestra voluntad, y los gritos de un pro-

nunciamento, que antes no salían de nuestras fronteras, hoy pueden tener inesperadas e incalculables repercusiones en lejanos centros financieros o políticos. Antes nuestras guerras surgían hechas del calor de corazones idealistas: hoy no caminan sino sobre las mismas ruedas de la industria, porque la guerra, como el boxeo, se ha industrializado, y el heroísmo ya nada puede ante la técnica. De ahí que en el trópico las guerras ya no sean posibles sin los millones, y que en ellas entre siempre algún factor oscuro: el terrible factor del petróleo, por ejemplo, que ensangrentó diez años a México, y tras del cual se esconden las peores amenazas contra la independencia de un país.

Ese cambio radical, ese nuevo orden de cosas que nos separa ya con abismo infranqueable de nuestra época romántica, explica tanto como la cordura nacional el hecho de que la paz pública esté en Colombia fuera de discusión. Indudablemente hay — y habrá siempre — voces irresponsables que quieran engañar a gentes sencillas sugiriéndoles actitudes en que no creen, pero esas voces se pierden en el vacío, como todo lo que no es ni racional ni sincero, y no hay persona consciente de sus responsabilidades ante la patria y capaz de apreciar los hechos como son, que no reconozca la realidad de situaciones ineluctables y no procure buscar por medios civilizados lo que ya no es posible perseguir por los agrios caminos de la violencia, por los cuales con la bandera de la libertad podríamos ir a la tristeza del protectorado pasando por los desfileros del total desastre.

Refiriéndose a cuestiones económicas, hace Mr. Hughes declaraciones de grande interés, y que nos conviene meditar. Helas aquí:

«Las dificultades de muchas de las repúblicas americanas se deben en no pequeña parte a la falta de desarrollo de sus recursos naturales, a la carencia de vías de comunicación y de facilidades para el intercambio comercial. Es inútil esperar estabilidad que no se base en la educación, en métodos eficaces para la agricultura y la industria; en la existencia de caminos y medios de todo género que den oportunidades para una satisfactoria situación económica. El progreso en esas materias no se puede alcanzar sin inversiones de capital, y éste debe ser conseguido en el exterior, por lo menos mientras esos países producen ri-

(1) Véanse en la entrega anterior del REPERTORIO.